

# Tutyki, en crisis: al pueblo pan y circo

Anilú Elías

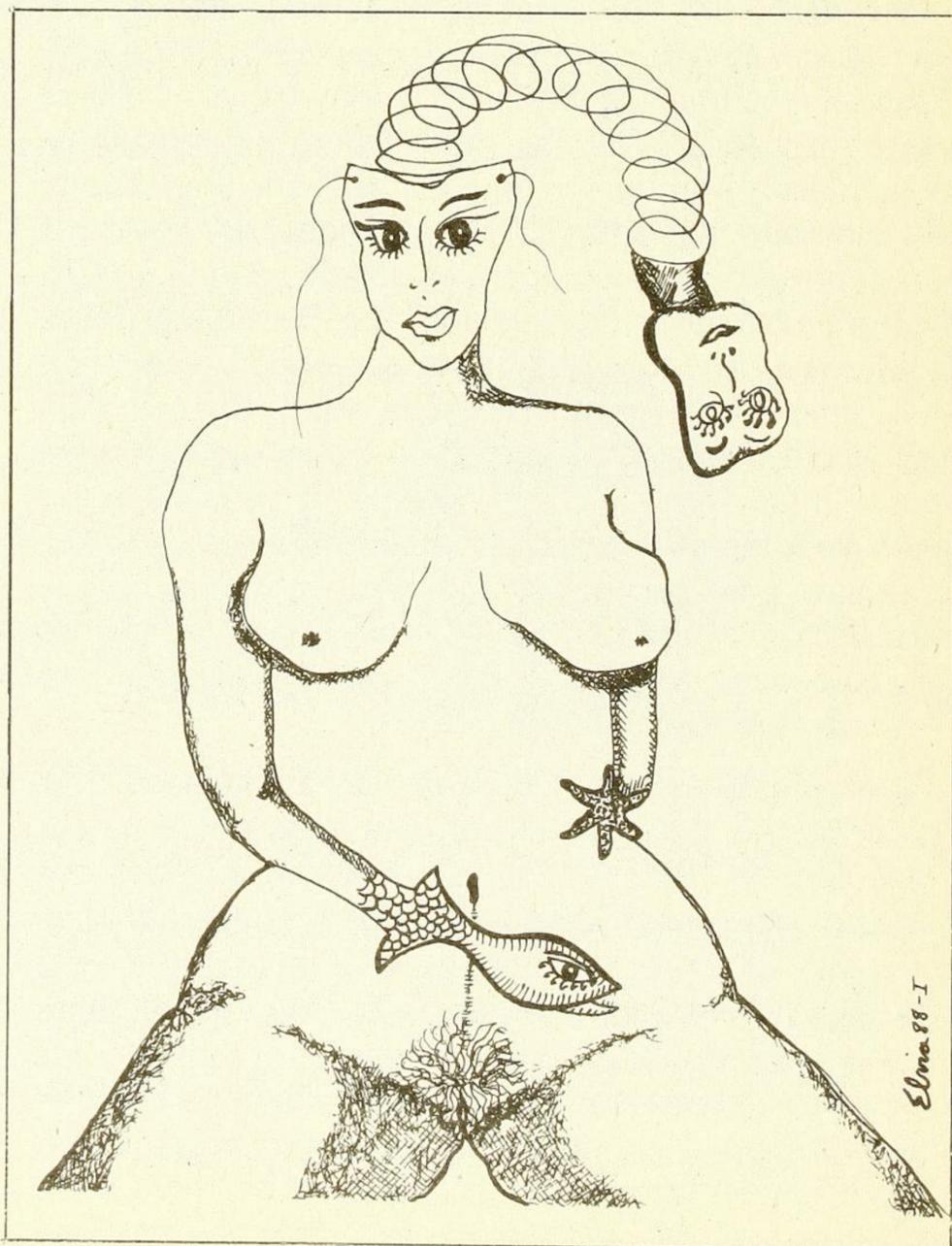
La sexualidad es nuestra. Intrínseca, natural, ancestralmente nuestra. ¿Ah, sí? Esa es una verdad filosófica, mas no práctica ni menos cotidiana. La sexualidad le pertenece al Estado. Veamos la sexualidad que la sociedad considera lícita: es la heterosexualidad, la que se ejerce en un grupo de edades limitado, ni menores de 15 ni mayores de 60 (¡Horror!). Bien vista en los hombres, pero muy mal vista en las mujeres. Mejor vista en los miembros de las clases altas y si acaso medias, peor vista en las clases menos favorecidas (cuando los pobres se reproducen, *ellos* son los culpables de todos los problemas económicos de la sociedad, según los dictámenes de la misma), y francamente abominable entre personas del mismo sexo, entre solteros, entre personas de distintas clases socioeconómicas, entre colores, castas, religiones diferentes. Recordemos que en Sudáfrica se puede ir a la cárcel por tener relaciones con gente de "color". (El blanco no es color, según ellos.)

La llave, el permiso, la bendición para ejercer esa sexualidad que es intrínsecamente nuestra, nos la da el Estado. Nos guste o no, aún hoy día y en la mayoría de los países —primer o tercermundistas por igual—, se requiere una firma, una bendición, un papel o todas esas cosas juntas para que una pareja ejerza su sexualidad. ¿No se le llama aún Ayuntamiento al Palacio de Gobierno? Ahí se legitima el derecho de un hombre y una mujer para ayuntarse.

Algunos freudianos probablemente lanzarán gritos de protesta: ¡Pero cómo! ¡Si el instinto sexual es el segundo más importante del ser humano después del instinto de conservación! Falso de toda falsedad. A la vista de nuestras costumbres y tradiciones, la mayoría de la gente prescinde de su derecho a la sexualidad si con ello se gana la aprobación de su sociedad. La ley ha castigado severísimamente a las madres solteras desde siempre. ¿Y qué han hecho sino simplemente ejercer el derecho a tener relaciones sexuales sin el permiso de leyes y religiones? ¿Qué se está castigando cuando se persigue a las mujeres que abortan? El derecho que se dieron a tener relaciones sexuales y no pagar el precio —y el desprecio— de la sociedad con un hijo no deseado.

Un ejemplo interesante de cómo la sociedad pretende administrar, dosificar y cuantificar nuestra sexualidad es la satanización que durante siglos preva-

leció en contra de la masturbación. Satanización que prevalece aún en muchos países: en veintiún países musulmanes se mutila sexualmente a las niñas para que no puedan provocarse placer acariciándose el clítoris y en algunos de esos veintiuno, se las cose para que ni siquiera puedan explorar su propio sexo: éste debe abrirlo el marido con cuchillo (recordemos que las cosen a los siete años, ya para los trece o catorce, el tejido es impenetrable) la noche de bodas. Pero prescindiendo de estas crueldades que la civilizada ONU califica de costumbres folclóricas (y por ello no interviene), volvamos a la masturbación. ¿Por qué era una palabra impronunciable, por qué se consideraba una vileza incalificable, la perdición segura del alma inmortal, causa de locura y de ceguera amén de males más terribles? Porque la masturbación es un grito de autonomía, es la sexualidad que escapa a la aprobación o rechazo ajenos, es la sexualidad que yo invento, pulo, perfecciono y creo, libre del qué



dirán, sin necesidad de una pareja. . . De una pareja real, claro está, ya que en la soledad de mi alcoba, puedo abrazar príncipes o mendigos, hombres o mujeres, negros, blancos, morenos o amarillos. Es esta libertad intrínseca de la masturbación la que la hace peligrosa. No para la salud ni el equilibrio mental, sino para la sociedad. Me hace libre, me hace autónoma y esto me libera de la administración y tutela del Estado.

Claro que había que satanizarla. Así, aún a solas tenía la figura de la autoridad ante mí y el terror del infierno o de la locura eran mejores que un guardia o un esbirro de la Inquisición. ¿Sabían ustedes que la masturbación era una de las razones por las que se podía ir a la hoguera aun ya bien entrado el Siglo de las Luces?

Pero, a todas éstas, ¿qué tiene que ver la sexualidad con la crisis? Mucho. En la crisis, los gobiernos siempre han echado mano de la sexualidad para crear cortinas de humo sobre los agobiantes problemas económicos y las aterradoras realidades políticas. Papá-Estado va al armario donde guarda la pelota-sexualidad y nos la presta por un ratito. ¡Qué felicidad! Por un rato, esta sensación de libertad nos llena de alegría y olvidamos —liberadas algunas presiones internas— el hambre, la represión política, el encarecimiento de todo lo elemental.

En 1976, un mes antes de la famosa devaluación del 31 de agosto —primera en veintidós años—, el Consejo Nacional de Población convocó a lo que se llamó "El Grupo de los 68". Durante quince días se reunieron hombres y mujeres de ciencia a estudiar el fenómeno del aborto. ¡La cantidad de tinta que corrió por eso no se compara ni de lejos con la que dedicaron luego a la devaluación! La Derecha gritó, la Izquierda gritó, los periodistas gritaron, la televisión y el radio vociferaron y la gente aulló. Cuando ocurrió la devaluación, el escándalo no se pareció ni de lejos. Finalmente —¡claro!—, no se liberalizó el aborto ni remotamente, pero ¡cómo sirvió en esos difíciles meses para distraer la indignación popular que la devaluación a secas hubiera causado. Con tal que no se liberalizara el aborto, mejor una devaluación. . . O así parecía reaccionar el público.

Seis años más tarde, durante la campaña del Lic. De la Madrid y en medio del caos económico que se avecinaba en 1982, el Lic. De la Madrid declaró en Tabasco que había que enfrentar con serenidad el problema del aborto. ¡Por arte de magia se olvidó el Fondo Monetario Internacional y sus restricciones económicas, las limosnas que teníamos que pedir a los banqueros internacionales, nuestra agobiante deuda externa! La gritería contra el aborto ahogó toda voz de protesta económica o política en ese momento. Un agudo observador político amigo mío comentaba:

"Dudo que se quieran meter en el berenjenal de legalizar el aborto en estos momentos. . . Me parece más bien una cortina de humo".

Hoy día el país se ve florecido de antenas parabólicas que, como los hongos, brotan de un día para otro. Y muchas familias que no hubieran ido al cine a ver semejantes muestras de pronografía, en la sala de su casa se divierten contemplando proezas sexuales en el canal de Playboy o algunos aun más explícitos. Y ni hablar de los Estados Unidos donde tienen problemas muy serios de deuda interna, de crac en la Bolsa, de posible recesión. . . Ah, pero hay miles de publicaciones donde se ve todo lo imaginable —y lo inimaginable— en materia de sexo. Claro que se sienten libres. No tienen un partido de oposición, no tienen una disidencia clara y fuerte —saludable en cualquier país desarrollado—, no tienen una politización ni siquiera elemental (no saben que ellos —como individuos— ni siquiera votan: lo hace por ellos el Colegio Electoral de cada Estado). . . Ah, pero pregunte usted a un norteamericano y se siente el individuo más libre del mundo. Un poquito de pornografía hace maravillas.

¿Y qué es la pornografía sino la concesión de explotar comercialmente la sexualidad? Si la sexualidad no fuera un monopolio de Estado, la pornografía no tendría razón de ser: libres de ejercer nuestra sexualidad con quien quisiéramos y en las condiciones que se nos antojaran, la pornografía, como la prostitución que es otra concesión del Estado, no tendrían razón de ser.

Hoy que la crisis ya se va convirtiendo en nuestra forma normal de vivir, tenemos que tener mucho ojo. Cada vez que una publicación hable de aborto, de que la ley de adulterio va a cambiar, de que se van a liberalizar las leyes que rigen las publicaciones pornográficas y que siga la consabida pelea entre quienes defienden y quienes atacan estos temas, tenemos que leer entre líneas: se avecina algún mal económico, va a subir la gasolina, van a subir las tortillas. Detrás de la cortina de humo que siempre desatan los temas sexuales, hay escondido un problema que de verdad lo es, pero que no podremos ver si nos vamos con la finta de este circo moderno que los emperadores de la actualidad montan para despistarnos y que siempre usará la sexualidad para taparnos los ojos. *Am*

